

Memorialistas & Viajeros

Franz Liszt: “Años de peregrinaje”

Bartolomé Leal, desde Santiago

“Años de peregrinaje” se titula una serie de tres suites para piano, compuestas por Franz Liszt en diferentes períodos de su vida, entre 1835 y 1877. Llevan los números 160, 161 y 163 en el catálogo de obras del compositor húngaro, uno de los grandes maestros de la escuela romántica. Se trata de una de sus creaciones mayores y un monumento en el repertorio para este instrumento. Son 26 piezas con una duración aproximada de dos horas y media. Escucho alternativamente tres versiones mientras escribo.

A mi juicio, estas piezas breves poseen un atractivo particular porque muestran el proceso de maduración artística del músico; todo esto ligado a diferentes episodios de su vida y a desplazamientos de particular significación para él mismo. El paso del primer al tercer volumen es especialmente revelador: denota, al final, menos preocupación por el virtuosismo y más por la introspección, en un marco de mayor experimentación creativa, dejando ver así un cambio fundamental en la vida y obra de Franz Liszt.

Peregrinaje implica viaje. Los viajes a que se ligan estas composiciones los realizó a Suiza e Italia. Los primeros dos volúmenes fueron compuestos cuando Liszt residía en Weimar, ciudad que lo acogió por veinte años. Allí dirigió la orquesta local, se presentó en recitales y compuso música, además de dar a conocer a artistas nuevos en su tiempo, como Schumann, Berlioz y Wagner. La duquesa María Paulovna, hija del zar de Rusia, fue su mecenas. Nadie le niega a Liszt su aporte fundamental a la creación de la figura del virtuoso, que se exploya en conciertos que a menudo alcanzan un fulgor que los melómanos conocemos bien.

En estos “Años de peregrinaje” Liszt refleja, mejor que en otras obras, los extremos de su personalidad, al componer piezas de un raro encanto y suave serenidad, como “Al borde una vertiente” o los “Sonetos del Petrarca”, y de allí pasar a la furia y la pasión de la “Sonata Dante”. Es un período donde encontramos al Liszt seductor de grandes damas, al virtuoso ambicioso, al amante de la poesía, que en sus últimos años tomará el hábito franciscano y se refugiará a meditar sobre la existencia, sin pasar, por voluntad suya, más allá de las órdenes menores.

“Años de peregrinaje” se divide en tres partes, por años y lugares. “El primer año: Suiza” incluye nueve piezas, con títulos románticos como “La capilla de Guillermo Tell”, “Pastoral” y “Égloga”. Destaca “Nocturno: Las campanas de Ginebra”, por su carácter melancólico y evocador. La mayor parte de las piezas fueron concebidas durante la estadía de Liszt en Suiza, durante los años 30, en compañía de su amante Marie d’Agoult. La búsqueda de una atmósfera y la expresión de emociones son centrales en estas piezas. Lejos del Liszt que nos dicta el estereotipo: pirotécnico, diestro, exaltado.

“El segundo año: Italia”, con diez piezas, contiene la serie de “Sonetos del Petrarca”, basados precisamente en la obra poética del autor renacentista. Franz Liszt escogió los sonetos números 47, 104 y 123. El conjunto de piezas breves incluye también meditaciones frente a cuadros de Rafael y Miguel Ángel. Obras profundas, casi hoscas, de duros contrastes. Ciertos musicólogos han querido ver allí algo diabólico. Las tres últimas piezas de este “Año” se refieren explícitamente a Venecia y Nápoles, elaborando sobre temas populares de esos lugares: una “Gondoliera”, una “Canzone”, una “Tarantella”. Todas ellas basadas en composiciones de otros autores. Liszt utilizó mucho este recurso ya que escribió transcripciones para piano de grandes obras (las sinfonías de Beethoven o las óperas de Verdi, por ejemplo).

La última serie se titula simplemente “Tercer año”. Son siete piezas bastante eclécticas, algunas con un marcado tono religioso, reflejo de la nueva vida emprendida por el músico. Llama la atención una curiosidad: “Marcha fúnebre en memoria del emperador Maximiliano de México”. Liszt trabajó luego las tres partes en conjunto, para darle a la obra una impronta de unidad, que constituye uno de sus grandes logros.

Los tres volúmenes de “Años de peregrinaje” contienen alguna de la música para piano más importante del compositor y conceptualmente revelan esta fusión entre arte y naturaleza que fue clave para el movimiento romántico, del cual Franz Liszt fue un epítome. Las referencias literarias, menos evidentes para el escucha, remiten a poetas que fueron del gusto del compositor, como Lord Byron, o su amigo Étienne Pivert de Senacour, autor de una novela que inspiró la pieza “El valle de Oberman”.

Es una obra de difícil ejecución, que exige gran maestría técnica y artística por parte del intérprete. En efecto, no hay demasiadas versiones integrales grabadas, aunque varias de ellas son soberbias, como las de Claudio Arrau, Lazar Berman y Aldo Ciccolini. Por otro lado, dada su larga duración, “Años de peregrinaje” exige la máxima concentración de parte del oyente. El propio Liszt afirmaba que era una obra para espíritus selectos, no música de entretención para las grandes masas.

Diestro intérprete, mujeriego selectivo, esteta y místico, Franz Liszt quiso con sus “Años de peregrinaje” homenajear a lugares que lo inspiraron e hicieron feliz. Viajero no compulsivo sino errante y meditativo, intentó expresar su amor a la soledad (que los viajes proveían), por medio de lo que mejor sabía hacer: algo tan simple y tan complejo como tocar el piano. Tal vez la pieza titulada “*Mal du pays*” (Nostalgia), improvisación sobre tales palabras en aliento *cantabile*, es la que mejor refleja el sentimiento de pérdida que sentimos por los lugares alguna vez visitados y amados. Una obra para oír y volver a oír, que siempre asomará una sorpresa en estos “Años de peregrinaje”.

